

EL BUENO DE STALIN



José Stalin: un "tenebroso" encanto.

Se ha dicho todo —o casi todo— sobre los crímenes de Stalin, el Gulag, los millones de muertos... He aquí, sin embargo, a un biógrafo, Henry Guillemin, que en lugar de volver sobre las atrocidades del tirano, ha preferido interrogarse sobre su psicología íntima, su difícil adolescencia e incluso su "encanto". De ahí la ambigüedad del retrato que nos ofrece. Guillemin, que se ha forjado una reputación de inconformista a fuerza de darle la vuelta a la leyenda de ciertos personajes (Zola, Vigny, Lamartine, Chateaubriand), llega esta vez un poco más lejos: si hemos de creerle, Stalin no fue en realidad más culpable que, por ejemplo, Saint-Just o Robespierre. ¿Paradoja? ¿Provocación? El juicio corresponde al lector.

HENRI GUILLEMIN

PARANOIA", dictaminó Suvarin, fobias patológicas, megalomanía: un ser abyecto de cuya vesania asesina dio pruebas más que suficientes. Un ser detestable. Sin embargo, De Gaulle, que sabía escribir y tenía de cuando en cuando hallazgos estilísticos a lo Chateaubriand, no vaciló en sus "Memorias" en atribuir a Stalin un "tenebroso encanto". Recordemos, junto a las líneas emocionantes que dedicó Svetlana, la hija del monstruo, a la muerte de su padre (esa joven de veintinueve años que hace ya tiempo que perdió su inocencia, contempla la desnudez de aquel cuya semilla le dio vida: "Ese hermoso cuerpo intacto que la vejez no había logrado degradar"). Recordemos que también ella habla de "encanto". Svetlana le había visto en acción: "Cautivaba a la gente, la seducía"; "fueron muchos los que experimentaron ese atractivo", aunque ahora pretendan que no. Y algo, una especie de remordimiento, le hace un nudo en la garganta. "¿No fui acaso una hija indigna? ¿No viví en el hogar como una extraña sin dignarme ayudar en nada a aquella alma solitaria, a aquel anciano enfermo?". Todas las cartas que conserva del padre la llamaban cariñosamente "Svetochka", "Sétanka adorada", "amita", "camarada amita", "un beso muy, muy fuerte, gorrioncito".

Quisiera tratar de comprender quién era en el fondo ese hombre de manos ensangrentadas. Pronunciar hoy su nombre equivale a evocar esos trenes y más trenes que se dirigían, por orden suya, hacia Siberia, sembrando la vía de

cadáveres. El exterminio de los kulak (o de los considerados como tales). Luego, la de los viejos amigos, los compañeros de armas; el crimen imposible de expiar. Puesto que se trataba de "enemigos del pueblo", el terror parecía justificarse. ¡Sobrevivir era lo único que importaba! La patria socialista era atacada por todos los flancos. Estaban acorralados y había que luchar a la desesperada. Eso o morir. Pero en 1936-1938, cuando la partida está ya ganada, cuando el régimen se ha estabilizado, ¿qué necesidad había de tan abominables matanzas en el hogar mismo de los vencedores? Con el empleo de la tortura explícitamente aconsejado, y la orden terminante, so pena de ejecución, de arrancarles confesiones a las víctimas: "Que les golpeen cuantas veces haga falta", acabarán cediendo... Stalin es para la Historia el Gulag, la infamia, el terror. ¿Cómo compaginar todo eso con

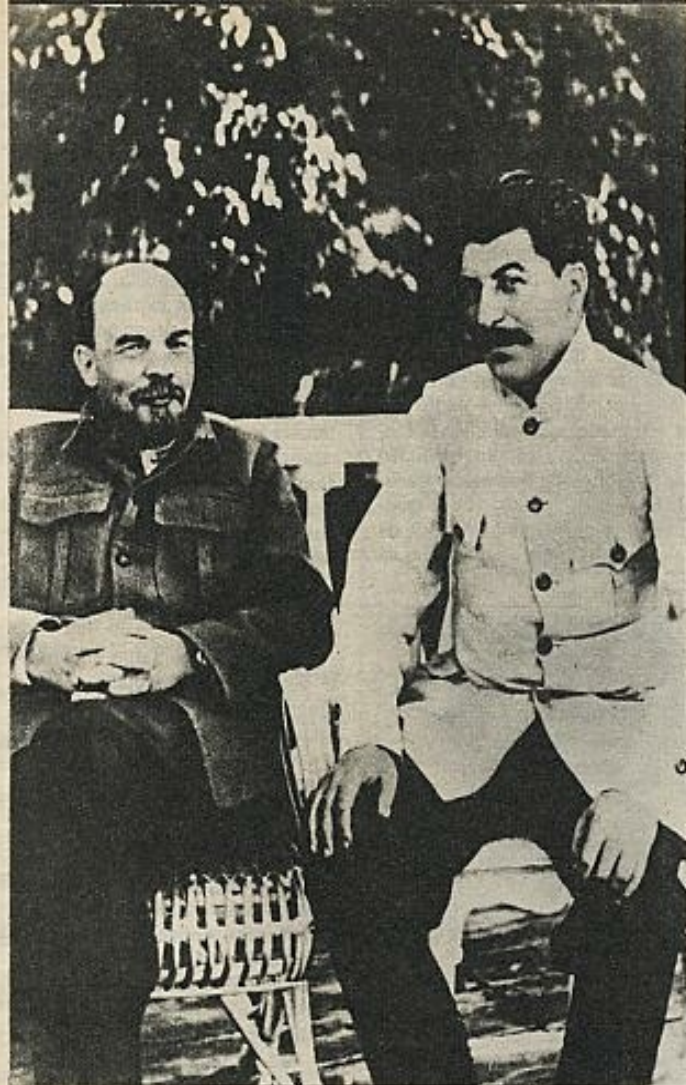
el "gorrioncito" y el "encanto"? Uno de sus más serenos biográficos, Isaac Deutscher, tenía a Stalin por el personaje "más desconcertante" que imaginarse pueda. ¿No es horrible que haya elegido como víctimas a los soratniki, a los viejos camaradas? Pero si condenamos a Stalin por haber mandado eliminar a Kamenev, Zinoviev, Bujarin, Trotski, no tenemos tampoco derecho a perdonar a Robespierre por haber hecho lo propio con Hébert y Danton. ¿Qué Robespierre tenía razones más que suficientes para obrar así, mientras que Stalin no tenía ninguna justificación? ¿El número de asesinatos respectivos impide toda comparación? ¿Pero son acaso equivalentes la superficie del territorio y la cifra total de habitantes en la URSS y en Francia? Claro que no.

Parece, además, un hecho cierto que las matanzas estalinistas que tuvieron lugar entre 1936 y 1938 están en cierto modo rela-

cionadas con los innumerables sabotajes que se producen en el proceso de "industrialización". Y que no son obra de "traidores" caracterizados; pero el Plan plantea ciertas exigencias y los responsables les hacen frente de cualquier manera: se suministran piezas defectuosas porque lo único que importa es cumplir los plazos de entrega. Para qué hablar de los despilfarros y prevaricaciones de todo tipo. Y Stalin aprueba, sin someterlas a examen (el miedo es un buen método), las listas —serán casi cuatrocientas— que le presenta Yejov: ¿Y el asunto Tujachevski, la gigantesca "purga" en el Ejército? ¿Un frenesí de crueldad? Parece, sin embargo, establecido que existió un complot militar, que se preparaba un golpe (así lo creía el embajador Coulondre; también Churchill). En cuanto a las deportaciones en masa a las prisiones y campos de trabajos forzados, no fue Stalin quien las inventó. Cuan-



Stalin, a la izquierda de la fotografía, con el número 6, ayuda a llevar el féretro de Lenin. Le acompañan, por orden de numeración: Kalinin, Bujarin, Zinoviev, Tolski, Kamenev y Molotov (7). Casi todos ellos serían purgados por el dictador.



Hacia el final de su vida, ya enfermo, Lenin se arrepentiría de haber contribuido al encumbramiento de Stalin.

do murió Lenin, en 1924, ya existían cincuenta y seis de esos campos, y se dice que fue el propio Trotski quien creó los primeros establecimientos de reclusión.

No me propongo escribir una "apología de Stalin"; apenas me he permitido unas cuantas observaciones de justicia en relación con los límites de mi trabajo. Trato de indagar, hasta donde sea posible, la identidad humana de ese ser que se llamaba José (para su madre, Sosso; para los suyos, Yossif) Yugachvili, que, hacia 1910, adoptó un primer pseudónimo de "koba" —es decir, el "intrépido", un héroe de la resistencia georgiana frente a la conquista rusa— y que a partir de 1913 empezó a firmar "Stalin" (sin duda, por su consonancia con "Lenin", pseudónimo adoptado por el jefe, el guía, desde 1903, del partido bolchevique). Dos observaciones, en primer lugar: Stalin no es eslavo. De entre los primeros militantes revolucionarios, parece ser el único procedente de la masa del pueblo más explotada. Lenin es de extracción burguesa; su padre había recibido incluso un título de noble. Ni Kamenev ni Zinoviev eran unos desharrapados. Trotski procedía de un medio rural de po-

sibilidades económicas: sus padres eran kulaks, campesinos con tierras. El padre de Stalin es un zapatero miserable que morirá de una puñalada (su hijo, único, tenía entonces once años) en una reyerta de borrachos. Su mujer es una pobre lavandera.

El destino de un bardo

Interrogo al rostro, marcado por el paso de los años, del estudiante, del militante, del director. Cabello espeso y negro, al comienzo; Trotski hablará, hostil, de los "ojos amarillos" de su rival. Ojos castaños, tal vez con reflejos dorados. La mirada del estudiante (del seminarista) de Tiflis no tiene nada de especial; la única foto que se conserva de esa fase de su vida nos muestra una mirada neutra, apagada. Un perfil, en torno a sus veinte años, curiosamente romántico, con una barba breve, en forma de collar; y nos viene a la memoria, de pronto, el poema firmado "Chvili", aparecido en la revista georgiana "Iveria", en 1895, cuando el futuro Stalin tenía dieciséis años; poema en el que se evoca el doloroso destino de un bardo que iba de un lado para

otro proponiéndoles a sus hermanos "melodías plenas de sueño", "verdad" y "amor". Pero sus semejantes, lejos de acogerle, le rechazaron, le maldijeron: ¡no queremos saber nada de ti! "No queremos la verdad". Bebe la cicuta. ¡Muere! Hay un largo camino, ¿no es cierto?, entre este rasgo de adolescente y la bestia de Kuntsevo. Y si tomamos el texto de 1895 como algo más que un ejercicio literario, una parodia, un "divertimento" irónico, ¿de qué estado de ánimo interior es entonces reflejo? ¿Qué dolorosa experiencia habría sufrido el autor? Se dice que en el seminario de Tiflis, Yossif sólo conoció a hipócritas. El mismo afirmará que a los trece años había ya perdido la fe. Parece ser que dijo a un camarada: "Sabes que nos engañan. Dios no existe". Cuando, a los quince años, Stalin consigue, gracias a las gestiones de su madre (en el colegio había sido un alumno brillante, de una excepcional vivacidad de espíritu), la beca que le destina al estado sacerdotal. En el seminario de Tiflis, único establecimiento de instrucción superior en Georgia, estudian jóvenes de carácter fuerte: el año que precedió a la admisión de Yossif, había tenido lugar una huelga de estudiantes que acabó con ochenta y

barba es ya más tupida; aparece el bigotazo que conservará toda su vida; una gorra echada ligeramente hacia atrás; todo el alre agranujado de un héroe de barriada. (Nota de las autoridades, seis años antes, en el seminario; un muchacho "grosero, irreverente".) Marzo de 1919: Stalin junto a Lenin, bien vestido, atento. Un tipo responsable. Nadie diría que tiene cuarenta años. El óvalo del rostro juvenil se irá achatando, espesando, mientras que los ojos se achicarán y ocultarán, hasta hacerse impenetrables, bajo sus dobles bolsas. Pero he aquí las serie de imágenes de Sochi, de 1933, 1934: cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco años, Stalin juega con Svetlana, Stalin la tiene en brazos, y padre e hija ríen con ganas. Miro una y otra vez esa foto del verano de 1934 en la que aparecen, codo con codo, Stalin y Kirov, con la cabeza descubierta, a pleno sol; el apuesto Kirov, que morirá asesinado, tres meses después, en condiciones trágicamente misteriosas. Stalin —pantalón de lino, arrugado y alpargatas— da una chupada a su pipa mientras hunde la mano izquierda en el correspondiente bolsillo; parece un plácido veraneante, un hombre tranquilo. Hay que saber lo que ocurrió después para encontrarle a este hombre un aire inquietante. No es un tipo ni alto ni bajo: un metro sesenta y ocho. Para los desfiles solemnes de la posguerra y con el fin de no aparecer mucho más bajo que quienes se alineaban junto a él en la tribuna, Stalin mandará elevar los tacones de sus botas. Un defecto de rigidez en el hombro izquierdo; su codo derecho anquilosado como consecuencia de un accidente de infancia. En 1943, Djilas observa que tiene "los dientes negros, irregulares, torcidos hacia el interior". El mismo Djilas, sólo cinco años después —en 1948— se sorprende de la transformación sufrida por su interlocutor: la espalda se ha arqueado; la nuca aparece huesuda. En 1945, Stalin había sufrido una grave enfermedad cardíaca. Durante los últimos años el rostro presenta manchas rojas.



Stalin joven: un perfil curiosamente romántico.

siete expulsiones. Sin embargo, es difícil creer que el adolescente no encontrara más que hipócritas en Tiflis. Es posible que, al principio, se comportase como un auténtico prosélito y sólo consiguiera provocar risas y sarcasmos. No lo sé. ¿Se sabrá alguna vez? El poema de "Iveria" plantea en cualquier caso un interrogante.

Los diversos rostros; no olvidemos los rostros. ¿A qué edad sufrió Stalin la viruela que le dejó marcado físicamente? Una foto de 1903, o 1904, revela una mirada luminosa, penetrante, ávida. La

No tienen fundamento las acusaciones formuladas por Edward Smith en 1968, repetidas por Marcel Ollivier en 1974, en el sentido de que, entre 1900 y 1913, Stalin practicó el doble juego y trabajó como espía de la "Ojrana" zarista. Pero es exacto que jamás tuvo oficio si se exceptúan los pocos meses que pasó, nada más salir del seminario, en las oficinas del observatorio de Tiflis. ¿Cómo vive? Es un "permanente" del Partido que va tirando gracias a los apoyos ocultos que le procuran ciertos "cuervos blancos" como Mozorov, gracias también a las "expropiaciones", a las "cajas" y

STALIN

cosas así. El congreso de 1907 condenó ese tipo de procedimientos. Pero Lenin hace la vista gorda, y las expropiaciones continúan. Una de ellas, la más fructífera, fue la de junio de ese mismo año de 1907 —por la cual Kamo se quedó con los doscientos cinco mil rublos que llegaban, en un tren especial, de San Petersburgo al Banco central de Tiflis.

Las "cárceles" sufridas por Stalin, sus "exilios" de la época de la clandestinidad y de los combates clandestinos son algo totalmente cierto. Pero nunca fueron largos, ni demasiado duros, sus internamientos, y los dos "exilios" anteriores en Siberia no representan para él más que una prohibición de pisar el Cáucaso y las grandes ciudades: Stalin es sometido a régimen de residencia vigilada en la provincia de Vologda, al Norte de Moscú. Y si, como a Lenin, le deportan a Siberia, no es un presidario cualquiera; en Kureiko dispone de una serie de facilidades como las había tenido también Vladimir Ilich. Su biografía oficial, cuya redacción él mismo se encargó de supervisar, dramatizará una realidad menos dura de como él la presenta. También pretenderá haber sido expulsado del seminario, en 1899, por propaganda subversiva cuando lo cierto es que decidió salirse *motu proprio*, en el mes de mayo, sin que se presentara a los exámenes finales.

De colonizado a colonizador

Hasta 1924 —y en 1924, Stalin ha cumplido ya los cuarenta y cinco—, su nombre apenas suena en la URSS. En vano lo buscaríamos, por ejemplo, en el célebre relato de John Reed, "Diez días que conmovieron al mundo", documento autenticado por el propio Lenin. Durante la revolución de octubre, Stalin no será más que un simple ejecutor de segundo o tercer orden: un hombre de la base a quien no se confía ninguna misión capital. Una vez llegada la omnipotencia, Stalin se ocupará de cambiar todo eso, y los pintores deberán representar en sus lienzos a un Lenin dócil a los consejos de Stalin, supremo organizador. Es sabida la alegría que sintió Lenin en Cracovia, en 1912, al "descubrir" a Stalin, al que hasta aquel momento no había más que entrevisto en Finlandia, en Estocolmo, en Londres. Un "maravilloso georgiano", le dijo a Gorki, un camarada perspicaz, abnegado, ardiente. Diez años después, Lenin no siente lo mismo hacia Stalin. Y, sin embargo, apoyó en 1917 su ingreso en el Co-

mité central. Sverdlov, compañero de exilio de Stalin en Kureiko, se había peleado allí con él. Sus "modales", su egoísmo, según Sverdlov, hacían imposible la vida en común; y el Comité central no deseaba tenerlo en su seno. Pero Lenin quiere honrar con su confianza a un colaborador que siempre se había mostrado fiel; y hace lo imposible por no irritarle cuando le manda llamar de Tsatitsin por deseo expreso de Trotski, en octubre de 1918, o cuando, en 1920, Stalin contribuye, por su obstinación, a la derrota de Tujahevski frente a Varsovia. En 1922, Stalin es secretario general del Partido. El puesto lo ha con-

pesina) es por lo demás, a ojos de Lenin, una auténtica babel: la incoherencia y las supercherías están allí a la orden del día. Lenin se arrepiente de haber hecho a Stalin depositario de un poder tan "enorme", y en sus notas destinadas al siguiente congreso, señala, con cautela, que Stalin no parece "hacer uso con la suficiente prudencia" de los poderes extraordinarios de que dispone. El 4 de enero de 1923, Lenin sugiere a los camaradas que estudien la mejor manera para retirarle a Stalin sus funciones de secretario general. En ese momento, Lenin ignora todavía el incidente del 22 de diciembre, que le ha ocultado la



En 1937, con Jruschév, que destruiría su mito a través del informe secreto presentado en el XX Congreso del PCUS.

seguido gracias al apoyo del propio Lenin. Stalin ocupaba dos "comisariados", el de las Nacionalidades, primero, y el de la Inspección obrera y campesina. Si antes había concedido a los finlandeses su liberación, su independencia real, de acuerdo con la teoría, en 1921, el georgiano colonizado se convierte a su vez en implacable colonizador. Su nuevo argumento es que los alógenos subyugados por el zarismo habían tenido, sin saberlo, su gran "ocasión histórica": el destino les había hecho beneficiarse del comunismo. En 1921 mete en cintura en el estilo más draconiano a sus compatriotas de Georgia. Lo ocurrido en Georgia preocupa a Lenin. Juzga un poco excesivo que Stalin "lance por ahí acusaciones de social-chauvinismo cuando él mismo es no sólo un puro social-nacional, sino incluso un brutal capataz gran-ruso". El Rabkrin (Inspección obrera y cam-

puskaia, Lenin estaba sometido a control médico, y Stalin, que se sabe objeto de descontento, estalla en cólera al enterarse de que Lenin ha dictado tan lamentable carta. Agarra el teléfono, llama a la Krupskaja y la acusa de desobedecer criminalmente las órdenes de los médicos al incitar o por lo menos permitir que Lenin realice intervenciones políticas que sólo pueden poner en peligro su salud, algo intolerable que habrá de juzgar el Partido, hará que comparezca...

La escalada de Stalin

El 23 de diciembre, Krupskaja había advertido de todo ello a Kamenev y Zinoviev, y les había pedido protección contra "injerencias tan groseras en mi vida personal" y la posibilidad de que se repitiesen tales "insultos y amenazas".

A petición suya, Kamenev y Zinoviev no le habían contado nada, en un principio, a Lenin del drama de diciembre. Cuando al fin se enteró, Lenin exigió de Stalin presentara inmediatamente excusas a Krupskaja. Si no, sería la ruptura. Stalin cede, se humilla. Pero subsiste una tensión extrema entre él y Lenin, y su situación —es lo menos que puede decirse— es incómoda. ¡Alegría (siniestra)! El 9 de marzo, Lenin será víctima de su tercera y definitiva hemorragia cerebral, y Stalin obtendrá por fin su libertad de maniobra (que Stalin proporcionase veneno a Lenin a petición de éste, que quería acabar con su vida, es algo que Trotski insinuó en 1939; mas puede muy bien tratarse de una simple calumnia).

Desde este momento comenzará para Stalin la escalada. Apenas muerto Lenin, en una alocución grandilocuente construida sobre un séxtuple juramento ("Camarada Lenin, te juramos") se proclama su heredero espiritual, su ejemplar discípulo, su insospechable continuador. Uno se siente tentado a de atribuirle un papel, prodigiosamente hábil, de manipulador que juega unos peones contra otros para anularlos a todos. Pero si estudiamos detenidamente, en la medida de lo posible, los acontecimientos internos del Partido entre 1924 y tenemos en cuenta los terribles problemas con que se enfrenta el Comité central, el análisis tradicional nos resultará excesivamente simplista. Es erróneo atribuir a Stalin un dominio constante e insidioso, un juego sutil y determinante. Lo cierto es que muchas veces se ve desbordado por los acontecimientos y trata de zafarse como puede. El Comité central tiene conocimiento en 1923 del llamado "testamento" de Lenin, y como consecuencia Stalin se vio obligado, en 1924, a ofrecer su dimisión de la secretaría general. Por fin logró mantenerse en ese puesto, aunque por los pelos. En el LXXXIX Congreso (diciembre de 1925), Stalin afirma categóricamente: "Es imposible dirigir el Partido si no es de modo colegiado; pensar en otra posibilidad es una estupidez". De Gaulle, que no está al corriente de todo, le ve como un hombre continuamente "agazapado en su propia astucia"; pero ¿es signo de astucia y de cálculo oponerse (y no sólo una vez, sino varias) a la eliminación de ciertos personajes a pesar de que, en última instancia, ello le hubiera beneficiado? En enero de 1925, Stalin defiende a Trotski contra Kamenev y Zinoviev, que quieren excluirle del Comité central: "En cuanto a las medidas represivas, dice con claridad, me opongo tajantemente". En diciembre, el encausado es Bujarin: "¿Queréis la sangre de Bujarin?



La masa rusa, visceralmente idólatra, siente necesidad de iconos, de fetiche. Y él la satisface —fomenta el culto a su propia persona— para asegurarse su fidelidad. Stalin, durante una recepción en el Kremlin.

Pues no se os satisfará". Los golpes de Trotski no producen simples rasguños. Y, sin embargo, Stalin sigue protegiéndole hasta enero de 1928. Entonces se limita a alejarle de Moscú (le envía cerca del Turquestán, a las nieves de Alma-Ata). Y si es cierto que al año siguiente se expulsa a Trotski del territorio soviético, Stalin se niega, no obstante, a que le maten. La actividad desarrollada por Trotski desde Turquía es peligrosa; sus textos clandestinos, violentos, temibles, entran en la URSS. Eliminarle sería tarea fácil. Pero Stalin no lo quiere. Soporta con paciencia los ataques de Trotski, como las penosas intrigas y vehemencias de Kamenev y Zinoviev. La expulsión de estos últi-

mos es inevitable; pero Stalin los deja volver a Moscú, aunque allí no carecen de audiencia. En el primer proceso, celebrado en 1936, sólo se les condenará a penas de cárcel. Bujarin, expulsado temporalmente, reaparece para dirigir "Izvestia".

La fuerza de Stalin es, por un lado —por sorprendente y contrario a la leyenda como puede parecer—, su moderación: se obstina en conciliar las diversas tendencias, práctica llevada hasta sus últimas consecuencias; por otro lado, su presencia ininterrumpida a la cabeza del secretariado general. Stalin dirige una formidable agencia de colocación, lo que le permite situar a todos sus peones en los puestos clave del Partido.

En diciembre de 1929, los cincuenta años de Stalin se convierten en pretexto para una operación perfectamente concertada. El hombre emerge públicamente. Es el Vojd, rodeado de esa aureola cuasi mística que Lenin nunca quiso para su persona y cuyos signos anunciadores había rechazado ásperamente. Personalidad muy distinta, Stalin procurará mantener e incluso fomentar ese prestigio. En él ve un elemento indispensable del absolutismo que tanto ansía. ¡Cuántas diferencias entre Lenin y Stalin! Hay una que salta a la vista: Lenin, en el Kremlin, vive deliberadamente como un pobre. ¿Sus "apartamentos"? Tres habitaciones en el piso destinado tradicionalmente a los criados. Siempre come en la cocina. Stalin no sigue en absoluto su ejemplo. Ya en 1919, Stalin consigue que le concedan el disfrute de la hermo-

sa villa "Zubalovo", a 35 kilómetros de Moscú. Muy pronto consigue forrarse con la Revolución, y cuando Trotski habla de Thermidor, sabe perfectamente lo que quiere decir. En poco tiempo se constituyó, en una URSS exangüe, una casta de privilegiados, a la que pertenece Stalin y, a la cual jamás combatirá. Cuando, después de la muerte de su segunda mujer, Stalin mande construir su nueva villa de Kuntsevo, más próxima a la capital, no se contentará con esa residencia, agrandada en 1948, sino que dispondrá de otras villas suntuosas en el mar Negro, sin contar la de Liptki, en el corazón mismo del país, con su parque inmenso, su estanque y sus tilos centenarios —y Semenovskoye, que adquirió durante la guerra. A estos palacetes sólo acudirá de tarde en tarde, pero siempre de improvisado de tal forma que el personal de servicio deberá estar siempre listo.

Una voracidad insaciable

Lenin come casi por obligación: con rapidez y sobriedad. Stalin es un tipo voraz que se habituará pronto a los festines nocturnos, comenzados hacia las diez de la noche y prolongados hasta la madrugada. En diciembre de 1944 —la guerra continúa—, una tercera parte de la URSS se ha visto saqueada y los sufrimientos de la población son indescriptibles. De Gaulle contempla con verdadero estupor el "lujo inaudito" del banquete ofrecido en su honor en el

Kremlin. Las discusiones fracasaron; el General, inflexible, rompió las negociaciones. Poco después de medianoche, regresó a la Embajada de Francia, dejando a sus diplomáticos en discusión con los soviéticos; a las cuatro de la mañana le avisan de que se ha llegado a un acuerdo (poco estable, en realidad). Vuelve al Kremlin para firmar los documentos preparados mientras tanto por los especialistas y se encuentra con que Stalin sigue comiendo solo en su mesa. Dijas emplea la palabra: "glotonería"; Stalin devora carnes y más carnes. Pero si el glotón es insaciable, el bebedor sabe controlarse. Prefiere el vino del Cáucaso al vodka y disfruta muchísimo viendo cómo se embriagan los comensales mientras que él mismo jamás pierde la lucidez. Le gustan los chistes detestables, las frases obscenas, y suelta sonoras carcajadas por cualquier tontería. Cultiva el humor macabro: "Ah, qué charlatanes son todos estos diplomáticos! ¡Habría que acabar con todos! Bulganin, ve a buscar una ametralladora". Y al despedirse del General, dirigiéndose al intérprete, Podzerov: "Tú sabes demasiado. Debería enviarte a Siberia". Pero también es capaz de un humor mejor, y de calidad. El 22 de agosto de 1952 escucha con un esbozo de sonrisa en los labios al embajador francés Louis Joxe, quien se esfuerza en demostrarle el carácter generoso y totalmente pacífico de la OTAN; Stalin se dirige entonces a su ministro de Asuntos Exteriores: "Dígame, Vichinski, ¿por qué, en estas condiciones, no entramos también nosotros en la OTAN?".

Stalin y el culto de la personalidad. Hemos visto que le complace, y trata de fomentarlo. Todas esas ciudades que sustituyen su viejo nombre por el de Stalin: Stalingrado, Stalino, Stalinski, Stalinbad, Stalinogorsk. Su efigie aparece por todas partes. Georges Bortoli pudo contar, sólo en la estación de Kazan, ciento un bustos o retratos del Vojd. Los cursos escolares comienzan con una invocación-bendición obligatoria: "Gracias al camarada Stalin por nuestra infancia feliz". El "Pravda" del 23 de mayo de 1935 publicó un himno en el que puede leerse: "Si le dice al carbón que se vuelva blanco, éste hará lo que le ordene Stalin". No tuvo el mínimo empacho en proporcionar las toneladas de cobre necesarias para la edificación de su gigantesca estatua (setenta y dos metros de altura) con motivo de la inauguración del canal Volga-Don. Se colocó un busto suyo en la cima del Elbruz. El pedestal llevaba esta inscripción: "En la cumbre más alta de Europa, hemos erigido el busto del hombre más grande de todos los tiempos". ¿Delirio de grandeza?



El rostro, ovalado en su juventud, se irá achatando mientras que los ojos se volverán impenetrables.

STALIN

No estoy seguro. Stalin actúa deliberadamente. La masa rusa, visceralmente idólatra, siente necesidad de íconos, de fetiches. Y él la ceba para asegurarse su fidelidad. Pero, en el fondo, desprecia a esos primates. El verano de 1951 vuelve con Svetlana al Cáucaso. Stalin evita Gori, su ciudad natal. No quiere ver la humilde, la miserable casa donde transcurrió su infancia y sobre la cual se ha levantado un pabellón de mármol. Los vivos de los campesinos le irritan. Al acercarse a una aldea donde le esperan, ordena de improviso al chófer que dé la vuelta mientras murmura: "¡Qué idiotas! ¡Pero qué idiotas!". La noche de su setenta aniversario, en diciembre de 1949, Stalin ha acudido al Bolchoi. Allí saludó brevemente con un gesto de la mano al nutrido auditorio que le tributa una ovación delirante, interminable; luego se sienta al fondo del palco "tembloroso de rabia", afirma Svetlana.

El sexo no le obsesiona

Que Beria ordene que le traigan jovencitas para su distracción particular, pase. Si así se divierte ese cerdo —ese cerdo útil—. El no se comporta del mismo modo. Nunca llevan muchachas a Kuntsevo. Los diplomáticos destacados en Moscú murmuraban, allá por 1950, que se acostaba con la doctora Kaganovich, Rosa Kaganovich. Svetlana puede jurar que es falso. Svetlana no niega, sin embargo, que haya recurrido alguna que otra vez para desahogarse a Valechka, la jefa de su servicio doméstico —dieciocho años de presencia en Kuntsevo—, una cam-

pesina sanota, un tanto gorda y pechugona, de pelo negro. Pero se trata de una suposición. Stalin no presta atención a los ofrecimientos femeninos, por más que no le falten. La sexualidad no le obsesiona.

Este coleccionista de dachas no se rodea, sin embargo, en su guardia habitual, de ningún lujo; en todas las habitaciones hay divanes, pero apenas se ven muebles y las paredes están desnudas. Ese personaje pomposo, embutido en un magnífico uniforme, con pantalón azul oscuro, adornado con una doble franja roja, que Truman encontró en Potsdam, no se parece en nada a esa especie de "clochard" que arrastra los pies de una veranda a otra, en Kuntsevo, o que dormita en el jardín tendido en una meridiana.

Su madre murió en 1937. El le había regalado un palacio en Tiflis, pero ella tan sólo había aceptado un modesto reducto, donde vivía con ascetismo. Stalin la adoraba. Decía que era "una mujer muy inteligente"; sin embargo, la sabía piadosa y con una fe indestructible en Dios. (En 1941, Stalin preguntará a Hopkins si Roosevelt, al que considera un tipo inteligente y fuera de lo común, es en realidad tan "religioso" como le presentan. Hopkins responde afirmativamente, y Stalin no oculta su sorpresa.) Sabe que a su madre no le gustó que se saliera del seminario: ella quiso siempre que su hijo fuera sacerdote. Y Yossif no se permitía al respecto ninguna broma, ni siquiera cariñosa. Nada le importaba que su madre no hubiera demostrado jamás admiración por sus éxitos, por "su gloria". El la adoraba de todas formas. De vez en cuando ella le enviaba tarros de confitura, confitura de nuez, y ella misma tejió para él una gran manta de

lana del Cáucaso, muy caliente y ligera, que Stalin conservará toda su vida. En 1934, Yossif le envió a sus tres hijos, Jacha, Vassili, Svetochka, para darle gusto. "No podíamos decirle nada, cuenta Svetlana, porque ella sólo comprendía el georgiano". Estaba enferma, tendida en la cama, gastada, la cabeza cubierta con un pañuelo. A los dos más pequeños les ofreció azúcar de avena con "manos temblorosas" y de repente se echó a llorar. Svetlana recordará siempre con emoción aquellos ojos "tan claros" de un color entre gris y celeste.

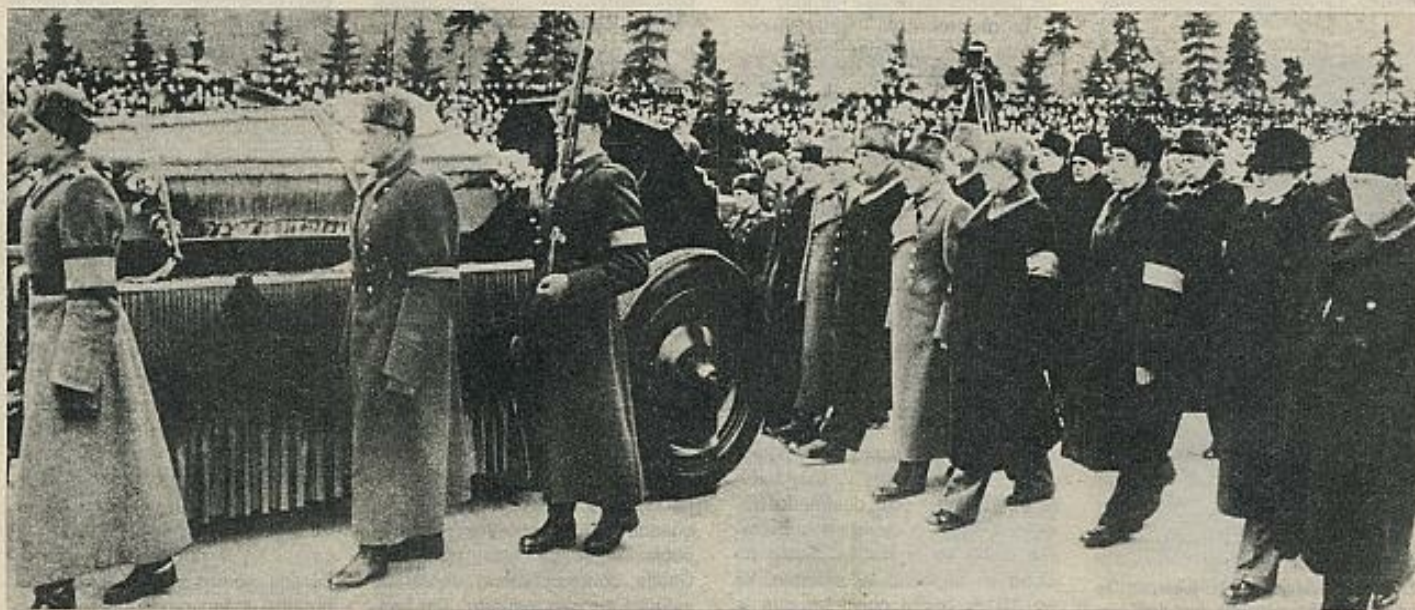
A partir de 1934, Stalin, que hasta entonces gustaba de pasear por la calle, se encierra. Detesta las muchedumbres. No tiene la facilidad de palabra que caracterizaba a Lenin. Le molesta su fuerte acento georgiano, incurable. Ni una sola vez visitará una fábrica. Pero los rusos, todos los rusos saben que en ningún momento abandonó Moscú, ni siquiera cuando el enemigo se encontraba ya a dos pasos de la ciudad, donde acababa el trayecto de los tranvías. El 7 de noviembre de 1941 (en cualquier momento podía producirse un bombardeo aéreo), los moscovitas pudieron ver, de pie, sobre el mausoleo de Lenin, presidiendo, imparable, el desfile de las tropas que, desde la Plaza Roja, marchaban directamente al frente.

¿Tuvo Stalin alguna vez "remordimientos de conciencia" por tantos derramamientos de sangre como ordenó? Svetlana está convencida de que no se arrepintió nunca. Las órdenes más atroces, Stalin las considera totalmente normales, simples exigencias de la razón de Estado. En mi opinión no le caracteriza el sadismo, sino la insensibilidad —acaso adquirida— del estadista. Sus asesinatos tienen para él un carácter abstrac-

to. ¿No diezmó Iván el Terrible a sus boyardos, decapitándolos? ¿Cuántos presidiarios fueron sacrificados en aras del Dnieprostrol, para abrir el canal Báltico-mar Blanco? ¿Y después? Para construir San Petersburgo, ¿no inmoló Pedro el Grande a cien mil siervos? Stalin no presencié ninguna ejecución. No hizo más que ordenarlas. No quiso conocer los detalles.

Un pueblo fiel

Después de las sangrientas purgas de 1936-1938, en marzo de 1939, momento en que se produce una cierta distensión (se entabren los campos, se procede a una serie de rehabilitaciones), Stalin reconoce en voz alta, durante el XVII Congreso del partido, que durante las depuraciones se han cometido "faltas graves". El 24 de mayo de 1945 reconocerá también que en la conducción de la guerra, el poder ha cometido "errores". Lo que sigue no es tan positivo. Otro pueblo que no fuera el ruso, dice, habría pedido explicaciones a sus gobernantes; se habría rebelado. Sin embargo, ved cómo nos es fiel... Hay una ironía soterrada. ¿Movimientos populares? ¡Vamos, vamos! La Policía, innumerable, habría frustrado en su raíz cualquier veleidad de rebelión. Los hechos, sin embargo, están ahí. Stalin consiguió suscitar el entusiasmo, la gratitud y el apasionamiento generales. ¿Se trata de una aplicación de esa ley psicológica de que nos habla Pascal, y antes de él, Ignacio de Loyola? El simulacro de fervor acaba engendrando el fervor auténtico. La multitud le ama; pero él siente miedo. Miedo a los complots, a los rencores y las venganzas. Sospecha de todos sus subordinados inmediatos, tanto de



Marzo de 1953: el féretro de Stalin atraviesa la Plaza Roja, en medio de un Moscú nevado.

que sean civiles que militares. Es preciso que se slentan continuamente en peligro, siempre a merced suya. Stalin manda deportar a la mujer de Molotov y a los dos hijos de Mikoyan. El mismo lanzará, para asustar a Vorochilov, el falso rumor según el cual ciertas informaciones revelan la existencia de lazos secretos del mariscal con los agentes británicos. Y celoso de Yukov, convertido en "vedette" tras la ocupación de Berlín, Stalin le confina en Odessa, mientras que ordena que se borre su nombre de los relatos del final de la guerra. La película realizada en torno a la caída de Berlín atribuye a Stalin la dirección, hora a hora, de las operaciones. Stalin dirigió la guerra desde el Kremlin: Yukov no aparece una sola vez en pantalla. Hacia finales de 1952, los médicos, unánimes, aconsejan a Stalin un riguroso descanso. "Mira, le dice a Beria, ¡quieran apartarme!". Será el proceso de las "batas blancas".

Stalin tuvo por su hija lo que ella llama "una fogosa ternura". "Cuando yo estaba en la escuela —cuenta Svetlana—, mi padre se preocupaba siempre de mis notas; durante la guerra, él mismo firmaba mi cartilla escolar". Cuando la visita de Churchill a Moscú, en agosto de 1942, Stalin le presentó al inglés a aquella hermosa muchacha de dieciséis años; Stalin le acariciaba los cabellos: "Mi pelirroja...". Churchill se inclina y señala, sonriente, con el cigarro su propia calva: "Yo también, hace tiempo...". En mayo de 1950, Svetlana da a luz en una clínica de Moscú. Allí coincide con la hija de Molotov, a la que su padre viene a abrazar. Stalin, por el contrario, no acude. Svetlana le escribe entonces una carta torrencial, "desesperada". La respuesta llega inmediata, cariñosa: "¿Quién te ha dicho que yo te había abandonado? Un poco de paciencia... Besos para mi Svetochka. Tu papá, Stalin". (10 de mayo de 1950.) Y al año siguiente se la lleva quince días al Cáucaso.

En los últimos tiempos ya no podía soportar a esa cohorte de oficiales obsequiosos que velaban, en Kuntsevo, por su seguridad. Los insulta. Expulsa incluso al gran Vlassik, general de su guardia personal, cuyo comportamiento adulator de asquea. Con los sirvientes es otro hombre. Testimonio de Svetlana: "En la vida diaria no era ni altivo, ni caprichoso, sino sencillo y amable". Respetuoso de los demás, como para no creerlo. El "personal" le quería de verdad. Svetlana los vio a todos: cocineros, chóferes, jardineros, sirvientes, cuando acudieron, a petición propia, a dar su adiós al cadáver del "amo": "Enjugaban sus lágrimas con los pañuelos, las mangas de sus blusas, con las

manos". Valechka se arrodilló entre sollozos y colocó su cabeza sobre el pecho del muerto. Anna Antichka, tía de Svetlana, pasó, por culpa de Stalin, diez años entre rejas. En 1963, viajó, destrozada, le comentó a propósito del desaparecido: hace ya diez años que no está con ellos: "Exageran... Le culpan de todo; tenía dificultades, su vida no era fácil... Y él también conoció la cárcel, la deportación. No se pueden olvidar sus méritos...".

¡Ah!, no, claro que no, dice su hija, "él no se tomaba a sí mismo por un dios". Yo diría incluso que sentía cierto disgusto hacia su propia persona, que se aceptaba con sus bajezas, y que encontraba incluso un lóbrego placer en acentuarlas. Había leído más que Lenin (Hugo, Balzac). Y Lenin le había reprochado el que no hubiese concedido importancia a su libro de 1909, "Materialismo y empirio-criticismo", contra Bogdanov, Lunacharski y otros "desviacionistas". Stalin se había encogido de hombros: "Una tempestad en un vaso de agua". Pero Dostoyevski le interesa, mientras que a Lenin su lectura impaciente e incluso aburre a Lenin. En presencia de un Djilas sorprendido, en el invierno de 1944-1945, Stalin habla precisamente de Dostoyevski y lo hace con palabras que un Lenin no hubiera pronunciado: "¿Qué cosa más compleja es el alma humana?". ¿Por qué en los últimos meses de su vida fijó en las paredes de su madriguera ilustraciones de niños recortadas de semanarios ilustrados: un niño esquiador, unos muchachitos bajo un cerezo en flor, una niña dando el biberón a un corderito? Marzo de 1953: minutos finales. Le han encontrado tendido en el suelo, sobre una alfombra, desde no se sabía cuántas horas, víctima de un ataque, con el rostro amoratado, inconsciente. Le pusieron sobre un diván. Varios médicos acudieron de inmediato. Hicieron todo lo posible. Stalin abrió los ojos un instante; una enfermera le hizo beber unos sorbos de agua con una cucharilla. Afásico, señala con la barbilla, con un rictus, hacia la imagen en color que representaba a la niña con el corderito, a cuyo pie le habían tendido. De pronto, sus labios coloran un tinte negrizo. Se ahoga. Barre a los presentes con una mirada que Svetlana califica de "irracional, furiosa". Luego tuvo un gesto, un esbozo de gesto "terrible que no se sabe cómo interpretar". Levanta un brazo a media altura, como si quisiera golpear a alguien o como si fuera a lanzar una maldición. La mano se desploma.

Se acabó. Aquel corazón oscuro había dejado de latir. ■ H. G.

© "Le Nouvel Observateur".

Las mafanzas de Buenos Aires

MARTINEZ de Hoz, dictador de la economía argentina, es un ministro con suerte. Desde hace meses se viene anunciando su caída: todos están de acuerdo en que se propasa. Pero ahí sigue, inamovible. ¿Qué es tiene en su mano? Basta que llame a la puerta de un gran Banco americano, francés o alemán, para que se abran todas las cajas fuertes. No se le puede negar nada a un hombre que soluciona de modo tan expeditivo los problemas sociales.

Así es como Rodolfo Walsh, periodista argentino, explicó los métodos utilizados por el ministro y los suyos: "Han reducido el salario real de los trabajadores en un 40 por 100; han mermado en un 30 por 100 la participación de los trabajadores en la renta nacional; han elevado de seis a ocho horas la duración del trabajo necesario para que un obrero pueda satisfacer sus necesidades esenciales, resucitando así ciertas modalidades de trabajos forzados que han dejado de practicar hasta en los últimos reductos coloniales". Esta aventura ha dejado millares de muertes, y cada día arroja una nueva cifra de cuerpos despedazados por la tortura. "Han alcanzado el grado de la tortura absoluta, intemporal, metafísica, en la medida en que se ha perdido el fin inicial —obtener informaciones por la fuerza—, para dar paso a la voluntad delirante de triturar la substancia humana, hasta hacerle perder su dignidad". Walsh escribió estas líneas en una carta abierta a la Junta, seguramente con la esperanza de que las advertencias de Jimmy Carter frenase la furia torturadora de los militares de Buenos Aires. Walsh, como decenas de colegas suyos, desapareció sin dejar rastro. Y la máquina infernal sigue funcionando.

Marek Halter, escritor francés que ha vivido en Buenos Aires, cuenta cómo centenares de hombres y mujeres hacen cola noche y día ante el Ministerio del Interior de la capital argentina: buscan a sus hijos desaparecidos. "Quieren saber si no están entre los cinco mil cadáveres que aparecen en los descampados y errabales de las ciudades".

Sólo el general Suárez Masón, comandante del primer cuerpo de Ejército, puede dar la necesaria autorización para visitar los depósitos de cadáveres. Y se limita a dar tres o cuatro al día. "Mi familia, escribe Marek Halter, no ha tenido que esperar demasiado: los cuerpos de mi prima Anna María y de su marido, Mario Isoca, acaban de depositarse frente al domicilio de sus padres".

¿Qué hacer contra tantos horrores? En un llamamiento publicado por el periódico "Libération", Marek Halter propone una acción simbólica: boicotear la Copa del Mundo de Fútbol, que debe celebrarse el año próximo en Buenos Aires. En apoyo de su llamamiento, un breve recuerdo histórico: "En 1936, nuestros padres no pudieron impedir a los deportistas acudir a los Juegos Olímpicos de Berlín y hacer el saludo nazi ante un Hitler embobado. Dos años después, asistían, impotentes, a la noche de cristal". ■ (Copyright: "Le Nouvel Observateur".)



Martínez de Hoz: sus métodos expeditivos le abren las puertas de los Bancos de Occidente.